

Presentación

LA CAUSA CERVANTINA VA DE LA LENGUA

Esa facilidad inimitable, compañera de un humorismo optimista y sano, superior a todas las amargas, es la eterna lección del lenguaje cervantino
(Rafael Lapesa)

EL IV CENTENARIO

Sobre el IV Centenario de *El Quijote* ha caído en tromba una cascada de celebraciones como si de un inmenso desagravio cervantino se tratara. Tales, en la onda oficial, las adelantadas al 2004: Fórum de Barcelona, III Congreso Internacional de la Lengua Española (Rosario, Argentina) y Museo del Prado; en el año jubilar, las de RTVE, Biblioteca Nacional, Academia Española y Academias hermanas mancomunadas, Instituto “Cervantes” en su presencia internacional de más de 40 sedes, Junta de Castilla-La Mancha, Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, Casas de Cervantes en Alcalá de Henares y Valladolid, Universidades, numerosos centros de enseñanza media, primaria y hasta infantil, más las invenciones de entidades libres desparramadas aquí y allá en círculos, ateneos, sociedades..., con versiones dramáticas, rutas quijotescas, jornadas gastronómicas, memoria cinematográfica, acelerada producción editorial con texto para el común, el erudito, el destinatario infantil y juvenil, sin que falte la edición memorable con el primor e ingenio de la mejor ilustración; más el plus de acciones diversas colgadas en internet; sin embargo, dudamos que permanezca del todo en el recuerdo, salvo la excepción memorable, tan inmensa feria conmemorativa.

Este colosal paraguas, nunca conocido para el genial novelista, ha dejado en sombra, al menos en España como es lógico, otras conmemoraciones de figuras dignas del recuerdo cuya obra ha nutrido nuestra mente y nutre también nuestro quehacer en las aulas: la de Johann C. F. Schiller (1759-1805), con su convocación coral a la europeidad; la del cuentista mágico H. Christian Andersen (1805-1875), que sigue deslumbrando la imaginación de fantasía y encandilando no sólo a los niños; la poliédrica y refinada de Juan Valera (1824-1905); la del anticipado visionario de la ciencia-ficción Julio Verne (1828-1905); la de Jean P. Sartre (1905-1980), que ha marcado la literatura y el pensamiento humanista del siglo XX; la de Elías Canetti (1905-1994), el búlgaro sefardí que escribe en alemán su peculiar “comedia humana” de la locura y la sinrazón; la de nuestro malogrado Manuel Altolaguirre (1905-1959), el poeta malagueño que proyecta su intimidad en las islas invitadas a las soledades juntas; la de Miguel Mihura (1905-1977), genio del

absurdo en la comedia... Y, quizás en tono menor, la de un maestro rural —entre otros más o menos ignorados—, José María Gabriel y Galán (1870-1905), sensibilizado con la tradición y la mejor suerte social de su alumnado.

En una encuesta realizada por el Instituto Nobel entre 100 escritores de 54 países para que eligieran las 10 “mejores y más importantes obras de la literatura universal”, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* resultó elegida como la mejor obra de ficción de la historia de la humanidad con un 50% más de votos que la inmediatamente siguiente (*À la recherche du temps perdu*, de Marcel Proust), y, según vemos, muy por encima de obras famosísimas como *La Ilíada* y *La Odisea*, el *Fausto* o las obras de Shakespeare, Dostoievski y Tolstoi o Flaubert. Acompañando al presentador de la encuesta, Alf van der Hagen (del Club Noruego del Libro), se encontraba el escritor nigeriano Ben Okri, que ha escrito la introducción a una nueva versión al noruego de la novela cervantina, quien dijo en esa rueda de prensa: “Si hay **una novela que hay que leer antes de morir, es Don Quijote**; es una historia maravillosa y muy elaborada y, sin embargo, es sencilla” (Véase la primera página que “encartamos” al comienzo del número de esta revista, reproducida de *El País*, con su autorización). Y el prestigioso diario francés *Le Monde* publica un artículo de Roger Chartier (en el que reseña el libro de Jean Canavaggio sobre *El Quijote*, y ocupando la primera página de *Le Monde des livres* del día 8 de abril de este año) que titula “Quichotte, éternel contemporain” y como entrada destacada añade: “À l’occasion du quatrième centenaire de la publication du chef-d’oeuvre de Cervantès, Jean Canavaggio retrace les tribulations du chevalier errant qui, sorti de son village, en vint à conquérir le monde”. Todos sabemos que el mismo Cervantes resultó ser profeta de sí mismo cuando, por boca de Sansón Carrasco, respondiendo a la pregunta de Don Quijote de si “¿verdad es que hay historia mía y que fue moro y sabio el que la compuso?”, afirma: “es tan verdad, señor, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia: si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes; y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga” (II, 3).

Ese reconocimiento universal de la obra cervantina y su primacía nos llena de orgullo y satisfacción como miembros de la gran comunidad hispana, pero no es suficiente la sola magnificación del referente de nuestra literatura, cuando millones de hispanohablantes, por ejemplo, no tienen acceso a la lectura y escritura, pues bien sabido es que, si dominaran estas habilidades, cambiarían radicalmente su situación política y calidad de vida. Desde la limitada institución educativa que representamos, trabajar la lectura y mejorar la escritura entre nuestros escolares lo entendemos como el más serio compromiso de este IV Centenario. El acceso al texto cervantino, difícil para secundarios y bachilleres —nada que lamentar, pues voces sensatas así lo proclaman—, llegará con plenitud en el momento propicio. De todos modos asumimos la afirmación contundente del historiador Pablo Fusi: “España tiene un papel en el mundo: la defensa de la lengua española” (*El País*, 21-5-2005).

Sentado lo anterior, *Didáctica (Lengua y Literatura)*, dentro de sus evidentes limitaciones, puede ser un cauce adecuado para contribuir con su grano de arena a

la consolidación de ese pacto declarado y proyectarse sobre el discurso cervantino en sí, ya que esta inmortal creación literaria puede trabajarse en su variada presentación polifónica: textos descriptivos, narrativos, dialógicos, expositivos, explicativos, argumentativos... No faltará la disquisición sobre una primera entrada en *El Quijote* desde la versión fiel o finamente adaptada, ilustrada y dramatizada para la infancia. Nosotros nos sentiríamos inmensamente satisfechos si, como resultado de esta efeméride, *El Quijote* acabara leyéndose por lo menos en todas nuestras universidades y por todos los “mozos”, pues no podemos olvidar lo que el propio Cervantes dice de su obra por boca de Sansón Carrasco, en el capítulo tercero de la Segunda Parte, cuando la Primera entra a formar parte de la trama argumental de la obra, a saber: “Los niños la **manosean**, los mozos la **leen**, los hombres la **entienden** y los viejos la **celebran**”. Seguimos pensando que *El Quijote* no es un libro escrito para que los niños lo puedan leer por sí mismos en el sentido que entendemos por **leer** y menos todavía un niño-lector de nuestros días¹.

UN MUNDO VIVO, VIGENTE DE VALORES VIVOS

La obra de Cervantes, preñada de un fabuloso mundo atemporal de valores, que se reparten aquí y allá en ideario, silencios y situaciones —valores fundamentales entonces como hoy—, sigue iluminando los caminos de esta humanidad cada vez más desvalida: unos valores por los que han luchado a lo largo de su devenir histórico multitud de personas inocentes, sacrificadas por los tiranos y verdugos de turno. Esos mártires de la humanidad, que han dado su vida por defenderla, son los que con su valentía y su sacrificio han hecho posibles la libertad humana, la tolerancia, la coexistencia intercultural, el aprecio a las diversas comunidades y lenguas, el respeto a la individualidad de cada persona así como a la dignidad y autonomía de la mujer y la valoración de las mismas, la superación de “todo fanatismo y toda certeza” con esa melancolía desengañada y tan cervantina “tan lejana de todo heroísmo como de toda exageración” —dice Martín Santos—, y en definitiva el respeto y el amor a todos los pueblos del mundo y la defensa de su dignidad como personas. Siglos más tarde, dirá Antonio Machado, ese otro gran humanista, recogiendo el espíritu de *El Quijote* conservado en el espíritu popular: “por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre”...

Todo eso, que defendió Cervantes en un mundo acribillado de dificultades sin cuento, hoy aparece más vivo que nunca y es también más necesaria que nunca su defensa. Debemos tener presente y destacar: el valor perenne de la utopía (“Algunas utopías merecen la pena soñarse para poder vivirlas”); la amistad insondable entre

¹ A más de un niño hemos oído este año opiniones como ésta a la pregunta de “si le gusta *El Quijote*”: “Bueno, algunas cosas sí; son divertidas..., pero yo no leeré *El Quijote* en mi vida”. Creemos, con fundamento, que uno de los hechos que han influido en que sea España, al parecer, el país donde menos se le lee es, precisamente, el obligar a los niños a leerlo en la escuela y sin la guía lectora de un buen maestro que se lo vaya explicando. Y no entramos ahora a prejuzgar los intereses crematísticos que han guiado las numerosas versiones para niños que se han publicado por todos los rincones editoriales de España sobre todo este año.

caballero y escudero; la solidaridad en la defensa de los más humildes y desfavorecidos; la dignificación de la justicia, del poder y de la auténtica religiosidad; el viaje como iniciación y conocimiento; el valor de la cultura; la rentabilidad en la formación lingüística del discurso repetido con la paremiología y el fraseologismo; y, por encima de todo, como una alfombra permanentemente inmarcesible sobre la que caminan los personajes, la magia de la palabra compartida en un diálogo de gran profundidad ontológica. Como dijo asimismo Antonio Machado, el poeta de “la palabra en el tiempo” y enamorado —a la vez que imbuido como pocos— del espíritu cervantino:

Es casi seguro que Don Quijote y Sancho no hacen cosa más importante —aun para ellos mismo—, a fin de cuentas, que conversar el uno con el otro. Nada hay más seguro para Don Quijote que el alma ingenua, curiosa e insaciable, de su escudero. Pero aquí no se persiguen razones a través de la selva psíquica, ya no interesa tanto la homogeneidad de la lógica como la heterogeneidad de las conciencias. Entendámonos: la razón no huelga: es como cañamazo sobre el cual bordan con hilos desiguales el caballero y el escudero. No olvidemos, sin embargo, que uno de los dialogantes está loco, sin renunciar en lo más mínimo a tener razón, a imponer y —digámoslo en loor de nuestro Cervantes— a persuadir de su total concepción del mundo y de la vida, y que el otro padece tanta cordura como desconfianza de sus razones. Y aquí nos aparece el diálogo entre dos mónadas autosuficientes y, no obstante, afanosas de complementariedad, en cierto sentido, creadoras y tan afirmadoras de su propio ser como inclinadas a una inasequible alteridad (A. Machado, *Obras. Poesía y prosa*. Losada, 1964, p. 570).

Si el profesorado se sirve de textos cervantinos, es fundamental que lo haga teniendo presentes los valores permanentes que encierra *El Quijote* más que ninguna otra obra como hemos señalado arriba; y que lo haga como recurso hacia el aula feliz que retoma la memorización, la lectura expresiva, la recitación y el comentario, el humor y la parodia en la dramatización, los talleres de vocabulario, de comunicación oral y escritura creativa, del lenguaje publicitario, del lenguaje de todos los días. En fin, que el comentario en sí mismo, la lengua de Cervantes, le sirva ante todo para fomentar la convivencia diaria, la intercomunicación globalizada y la resolución de conflictos.

En este número monográfico sobre *El Quijote* se acoge una temática plural y sugestiva de autores españoles e hispanistas que incluye coherentemente, cuando procede, la transferencia didáctica a los diversos tramos del sistema educativo. Así, podemos, entre otros asuntos: ver con los medios de hoy “una representación visual de las ventas”; descubrir el valor de “los silencios” cervantinos en el comentario de textos; comprender mejor la personalidad de Sancho, que se debate “entre la realidad y el deseo”; buscar los “modelos de libertad vivencial y creativa para las aulas”; encontrar los valores educativos que se encierran en “la aventura de los molinos de viento”; sorprendernos ante “la transformación literaria de un currículum vitae”; aprovechar la falsa creencia en ese tópico demasiado extendido de “*El Quijote*, ese gran aburrido”, como un interesantísimo “método de incitación a la lectura”; sacar del abundantísimo caudal de refranes “una metodología para la enseñanza de los mismos”, etc., etc.

Presentación

El texto se acompaña de ilustraciones variadas de reconocidos autores del humor gráfico en la prensa nacional, a quienes agradecemos su colaboración altruista y, en especial, a nuestro compañero y artista Moisés Ruano Martín, autor del motivo de la cubierta y del dibujo y texto del colofón.

Madrid, 23 de setiembre de 2005.

La Redacción